

## CRONICA DEL AFRICA NEGRA

**T**ODOS los intentos, muy abundantes en el momento colonial presente, de reestructuración del desquiciado mundo negro, nos producen una inevitable sensación de construcciones sobre la arena. En primer lugar, por la falta de confianza que el elemento ordenador europeo tiene en sus propias soluciones. Las que elabora para un mundo que nunca ha logrado penetrar en su íntimo significado, nacen con la limitación inicial de un escepticismo congénito. Y esta tara interna actúa a manera de lastre sobre el impulso vivo de la realización que se nos presenta fatalmente como mero esquema intelectual al margen de la realidad ascendente.

Ahora bien, teniendo en cuenta que, salvo raras excepciones, las directrices de la política colonial europea están determinadas por factores en casi su totalidad ajenos a la auténtica vida indígena —mecánica ideológica, concesiones al momento internacional, política de partidos, vanidad personal, presión de acontecimientos de muy diversa índole, etc.— es muy posible que el mundo negro no salga perdiendo nada con que la aplicación práctica de las medidas que de tales directrices derivan no encuentren arraigo en la ya suficientemente asendereada sociedad indígena. Siempre es preferible mantener intactas, o casi intactas, las posibilidades de autorreordenación dentro del caos existente, a pseudoconformarse en esquemas extraños. El tinglado político que montan los poderes metropolitanos tiene su duración condicionada por las respectivas posibilidades de coacción externa.

Porque el Africa Negra, como en todo el mundo dependiente, se exacerba esta inquietud expectante que caracteriza la hora mundial actual. Y la irremediable controversia en que se disgrega el mundo blanco ordenador —no sólo la radical dualidad inmediata, no olvidarlo—, en cuanto a la búsqueda y ofrecimiento de soluciones totales, incide sobre unos núcleos humanos cuyo tradicional modo de exis-

tencia ha perdido su vigencia modeladora y en los que ninguna forma cultural alógena encuentra posibilidad de persistencia.

\* \* \*

La situación actual del mundo colonial africano está presidida por el signo del simulacro. Simulacro que abarca a las distintas esferas en que se desmenuzan las distintas actuaciones activadoras:

A) En las formas políticas, elaboradas siempre de acuerdo con los modos del pensar político europeo, con que las metrópolis intentan simular la transición hacia formas de gobierno autodeterminadas dentro de cada área colonial individualizada.

B) En la seudoeuropeización de ciertos sectores del mundo negro cuyo mimetismo cultural presenta una apariencia de adscripción a las formas culturales del occidente europeo, consideradas por ello como de validez universal.

C) En la actuación de los órganos externos del neoimperialismo soviético estimulando y canalizando los intentos subversivos en que encuentra desahogo la desazón resultante del desequilibrio social producido por la actuación colonial y cuyo propósito inmediato es la debilitación de las resistencias potenciales de sus rivales en pugna por el domino del mundo.

D) En el apuntalamiento ortopédico de las formas tradicionales de existencia del negro que, en muchos casos y ante el fracaso de la ordenación colonial, se quieren conservar artificialmente —y adaptadas en parte, a nuestra manera de entender, la existencia, claro está— sustituyendo su vigencia coactiva por su sistema de coerción colonial.

E) En la hipocresía de los procedimientos de penetración económica que, con la pretensión de poner en valor los recursos potenciales del país, base para una previa necesaria elevación de lo que el mundo occidental llama «nivel material de existencia», están creando las bases de lo que ha de sustituir en un futuro próximo a las ya casi periclitadas formas de colonialismo político.

\* \* \*

Es cada vez más evidente la insuficiencia de las formas culturales europeas para modelar pueblos cuyos supuestos culturales divergen esencialmente de los nuestros. En primer lugar, porque el trasplante de in-

ternas esencias sólo por medio de colectividades humanas puede realizarse. (En este caso una espectral barrera, surgida siempre del instinto defensivo del grupo trasplantado, impide que, al menos en las generaciones iniciales, el pleno contacto transversador se verifique.) Y salvo el caso del Africa del Sur, ésta ha sido la excepción en el Africa Subsahariana. Las formas de cultura trasplantadas se ha limitado a fórmulas teóricamente reeleboradas, subproductos de una cultura en fase de desequilibrio, junto a actitudes individuales cuyo comportamiento, fuera de la coacción social del medio de procedencia, rara vez se adaptaba a los principios propugnados. En lo que la cultura blanca ha mostrado indiscutiblemente su eficacia ha sido en su actuación como factor corrosivo de las estructuras sociales existentes, cuyo acelerado desmoronamiento precisamente ha puesto en acuciante evidencia la ineficacia de las formas sustitutivas.

Por esto esa apremiante necesidad en encajar en formas transitorias las eventuales reagrupaciones surgidas de la nueva situación, bien apuntalando coactivamente las semidesmoronadas estructuras consuetudinarias supéstitas, o bien en la aplicación de las recetas ideológicas a que antes he aludido; pero todo es provisional.

Acaso la función del apuntalamiento sea únicamente una eficaz prolongación de la expectativa hasta que tras una estabilización del medio puedan arbitrarse soluciones viables. Únicamente esto, porque el proceso es irreversible, y un retorno ya superado sólo sería realidad en unas condiciones que nada hace prever como posibles en un cercano futuro. El principio de estrecha vinculación consanguínea y su consecuencia inmediata, el apretado eslabonamiento generacional, han perdido gran parte de su vigencia. Al adquirir las generaciones presentes, con más o menos vaguedad, la sensación de su existencia individualizada y romper el vínculo de solidaridad que les unía en las generaciones pasadas, la sociedad indígena ha de asentarse necesariamente sobre nuevas bases. Los viejos principios, sólo de una manera atenuada, han de actuar en la sociedad futura. La proliferación de sociedades secretas, ya inicialmente superadoras de los círculos consanguíneos, como casi autodefensa contra la proletarización invasora, es el más claro signo de la progresiva amortiguación del principio de eslabonamiento consanguíneo.

LUIS TRUJEDA INCERA

# RECENSIONES

